

VII DOMINGO DE PASCUA ASCENSIÓN

Hechos 1, 1-11 Efesios 1, 17-23 Lucas 24, 46-53

“¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?”

16 Mayo 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“ID Y HACED DISCÍPULOS DE TODOS LOS PUEBLOS; YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS, HASTA EL FIN DEL MUNDO.”

¿Qué nos define?: “A un ave no se la define por su permanencia en el suelo, sino por su capacidad para volar. A los seres humanos no los definen sus limitaciones, sino las intenciones que Dios tiene para ellos; no lo que parecen ser, sino todo lo que significa el hecho de que hayan sido creados a la imagen de Dios”¹. Creo que esta pregunta nos cuestiona a todos continuamente: **¿Cuál es nuestra verdadera identidad? ¿Para qué nos quiere Dios?** Tratamos de mostrar ante el mundo nuestros talentos y cualidades, ocultando nuestras deficiencias a los ojos de aquellos que nos rodean y cuyo juicio tememos. De esta manera construimos con esfuerzo nuestra identidad. Pero, **¿Qué nos define realmente? ¿Nuestros éxitos? ¿Nuestros fracasos?** Queremos ser con frecuencia lo que no somos y nos agotamos en ese vano esfuerzo. La envidia, y las inevitables e infructuosas comparaciones, nos quitan la paz en ese anhelo de llegar a ser lo que de verdad somos. Con frecuencia nos hundimos al confrontarnos con nuestras caídas y debilidades, al constatar la dureza del camino y nuestra incapacidad para llegar más alto. El otro día leía una reflexión interesante en esta línea. El autor planteaba lo que nos preguntará Dios al llegar al cielo: “¿Por qué no has sido tú mismo? ¿Por qué te has limitado a ser más o menos esto, más o menos aquello, pero nunca lo adecuado: siempre una copia de mala calidad, figura mal tallada, mísero producto inacabado?”² Y será así. Eso es lo único que quiere Dios, que seamos verdaderamente lo que somos, que dejemos que crezca la semilla de plenitud que ha sembrado en el alma; Dios quiere que no nos desgastemos tratando de satisfacer las expectativas de los que nos rodean, viviendo la vida de otros. Dios quiere que soñemos más fuerte para que los sueños se hagan realidad. **Dios no quiere que imitemos o copiemos, que, por miedo o excesiva prudencia, dejemos de hacer lo que soñamos y de ser lo que anhelamos. No quiere que se frustren nuestros sueños por temor al fracaso.**

Al ver ascender a Jesús al cielo en gloria y majestad una pregunta queda prendida en el alma de los discípulos: ¿Y ahora qué hacemos? ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestra misión? Hay sucesos que marcan la historia para siempre, que describen un antes y un después en la historia del hombre. La Ascensión es uno de esos acontecimientos que cambiaron la vida del hombre. Comenta **Stefan Zweig**: “En el misterioso taller de Dios, como Goethe llamaba a la Historia, gran parte de lo que ocurre es indiferente y trivial. Los momentos sublimes, inolvidables, son raros”³. Por eso es única esta escena que muchos artistas han tratado de reflejar con su pincel. Los evangelistas lo recogieron para resaltar este momento de gracias para todos los hombres. Las palabras del **salmo** reflejan con claridad la luz de este momento: “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de

¹ W. Paul Young, La Cabaña, 109

² Klaus Berger, Jesús, 662

³ Stefan Zweig, Momentos estelares de la humanidad, 9

*trompetas. Pueblos todos batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo; porque el Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra. Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas; tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad. Porque Dios es el rey del mundo; tocad con maestría. Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado". Sal 46, 2-3. 6-7. 8-9. Un momento de éxtasis que cambia la historia de la humanidad para siempre. **Son tres las promesas que se esconden en este suceso narrado con fuerza y convicción por los apóstoles:***

La primera promesa habla de eternidad. Estamos hechos para la vida eterna y, con su ascensión a los cielos, Cristo nos antecede en el paso al Más Allá. Los pastorcillos de Fátima le hacen a María desde el primer momento esta pregunta: "*¿Y nosotros también iremos al cielo?*" Nuestra vida en la tierra es perecedera y se nos puede olvidar con cierta frecuencia. Los pastorcillos, siendo niños, lo tienen claro, su vida sueña con el cielo. Lo temporal pasa, nuestros miedos y preocupaciones desaparecen. El canto final es el de la victoria definitiva. Saberlo nos da esperanza y nos hace mirar la vida con optimismo.

Como decía el Papa el otro día en Portugal: "*El Señor es más fuerte que el mal y la Virgen es para nosotros la garantía visible, maternal, de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra en la historia*". La última palabra es la de Dios, la última palabra está escrita en el cielo. El que se sometió a la muerte lo hizo para vencerla desde dentro y ser así luz para los que viven en tinieblas. Penetró la muerte y se sometió a ella, sólo para vencerla desde lo más profundo, desde el lugar en el que podía ser vencida. Así, sólo así, la muerte pudo ser derrotada para siempre. Y hoy, al ascender, Jesús nos revela que su vida en la tierra ha concluido para iniciar su vida en el cielo. **Se va junto a su Padre para vivir en el amor y nos recuerda que estamos llamados a formar parte de esa unión un día para siempre.**

Los apóstoles, sin embargo, se habían acostumbrado a estar con el Señor resucitado en la tierra. Habían comido y compartido todo con Él. **Estos cuarenta días de Pascua muestran el recorrido de Dios por sus vidas.** Cristo vivo se manifiesta y les da la esperanza que necesitan: "*En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo. Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios*". Por eso las palabras de Cristo trataban de sostener y confortar a los suyos. Jesús quería que comprendieran todo: "*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto.»* Ellos eran testigos, porque habían compartido todo con Cristo en su vida mortal y con el Señor resucitado. Lo habían visto morir y después habían tocado vivo con sus heridas abiertas. Sin embargo, todavía no estaban preparados para el combate. Todavía no alcanzaban a entender el significado de la palabra eternidad. **Por eso las palabras de S. Pablo reflejan el deseo del hombre de comprender y captar el misterio de Dios:** "*Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido, no sólo en este mundo, sino en el futuro. Y todo lo puso bajo sus pies, y lo dio a la Iglesia como cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos*". Efesios 1, 17-23. **Es la sabiduría que quisiéramos adquirir para no perder nunca la esperanza y saber que somos ciudadanos del cielo.**

Cuando Jesús asciende al cielo surge en el corazón de los apóstoles un doble

sentimiento. Por un lado tristeza por la separación, porque ahora están solos y, por otro lado, alegría por la promesa de eternidad reflejada en sus palabras: *«No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo.»* Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista". Se quedan solos sin comprender demasiado y el miedo paraliza sus vidas. Por eso va a ser fundamental reunirse con María. Ella, como hizo en Fátima con los pastorcillos, regala su paz y confianza. María se alegra con la entrada de Jesús en los cielos. Así lo comenta **S. Eadmer de Canterbury**: *"¿Cómo no se sentiría llena de una alegría inefable cuando vio a su Hijo único penetrar los cielos con todos los poderes y elevarse para alcanzar el trono de Dios Todopoderoso?"* La alegría de María en ese momento debió de ser manifiesta. Por supuesto que mezclada con una cierta tristeza por la separación momentánea. Sin embargo, estaba llena de paz y esperanza. Llegaba al final de un largo camino y veía hecha realidad la promesa que Dios puso un día en su corazón de niña. Todos sus anhelos, todas las promesas, se hacían realidad en el momento de la ascensión. El círculo se cerraba. Cristo volvía a descansar en el seno del Padre. Todo había sido consumado. Y la esperanza reflejada en el rostro de María y hoy en el nuestro. Nuestros pequeños éxitos y fracasos son nada, apenas gotas en el océano, cuando **pensamos en la plenitud de vida a la que somos llamados para toda la eternidad. Vivir con la mirada puesta en el cielo nos da alas y nos hace mirar la vida con optimismo. Cristo ya ha vencido.**

La segunda promesa nos habla de la importancia de nuestra carne. Nuestro cuerpo mortal, con su historia y sus heridas, está llamado a la plenitud del cielo y no es indiferente para Dios. Dice al respecto **S. Gregorio de Nisa**: *"El que por nosotros se hizo hombre, siendo el Hijo único, quiere hacernos hermanos suyos y, para ello, hace llegar hasta el Padre verdadero su propia humanidad, llevando en ella consigo a todos los de su misma raza».* Nuestra carne mortal y pecadora está llamada a unirse a la de Cristo en el cielo. La tierra y el cielo están mucho más entrelazados de lo que a veces pensamos. Miramos hoy nuestra vida, nuestra historia con sus limitaciones, con un corazón feliz y confiado. Dios redimirá todo, nuestra realidad llena de imperfecciones. Sin embargo, muchas veces rechazamos nuestra carne y su pecado; pensamos que no es digna de la perfección de Dios, que no puede ocupar el lugar más santo junto a Dios. Nuestra gran tentación es negar la carne, rechazarla, ocultarla. Pensamos que debemos ser sólo espíritu y nos negamos a aceptar las pasiones que brotan de nuestra condición humana. Lo que no es asumido no es redimido, decía S. Gregorio De Nacianzo. Si no asumimos nuestra condición humana y limitada, con su belleza y pecado, no somos redimidos en nuestra verdad más profunda, en nuestra vida completa. No rechazamos nuestra realidad, no tapemos nuestra vida y sus heridas. No neguemos la condición que nos marca para siempre. **Cristo, al ascender en su cuerpo, nos muestra el camino de nuestro propio cuerpo herido y empecatado.**

En estos días el Papa ha visitado Portugal. Sus palabras nos hacen reflexionar sobre la situación de nuestra Iglesia santa y pecadora, sobre nuestra propia carne mortal. En relación con el tercer secreto de Fátima comenta: *"Hoy las mayores persecuciones contra la Iglesia no vienen de fuera, sino de los pecados que están dentro de la propia Iglesia".* Sabemos que nuestra Iglesia es pecadora. La Iglesia, llamada a reflejar el amor y la misericordia de Dios en todos sus actos, es también pecadora y sufre por el pecado. Sin embargo, el pecado siempre nos desconcierta. Queremos no pecar nunca y rechazamos el pecado, el nuestro y el ajeno. La impureza nos aleja de Dios y nos cuesta entender que Dios se abaje para abrazar a aquel que ha pecado. Continuaba el Papa: La Iglesia *"tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender por una parte el perdón, así como la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia".* Ese pecado al

que el Papa se refiere nos duele y conmueve profundamente. **El dolor de los inocentes, el daño injusto e irreparable, nos parece terrible. Por eso no basta el perdón y es necesaria la justicia.**

La debilidad de la Iglesia, nuestra propia debilidad expuesta y reconocida, nos puede llegar a quitar la esperanza. Sin embargo, no queremos que las heridas de la Iglesia acaben con la paz del alma. Sabemos que no podemos caminar sin la fuerza de lo alto. Por eso nos quedamos hoy mirando al cielo, esperando, suplicando, como los apóstoles, esa fuerza que nos haga soñar más fuerte y caminar con más confianza: *“Una vez que comían juntos, les recomendó: «No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo.»* La fortaleza sólo puede venir de lo alto. Podemos claudicar y dejar de mirar a lo alto. Podemos creer que no es posible y arrastrarnos sin esperanza. Sin embargo, como los discípulos, queremos seguir mirando a lo alto: *“Mientras miraban fijos al cielo, viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco”.* Hechos 1, 1-11. Los apóstoles miraron al cielo y los ángeles llenaron sus vidas de esperanza. Lucas lo describe con estas palabras: *“Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios”.* Lucas 24, 46-53. La alegría invade los corazones de los apóstoles. La bendición de lo alto, las palabras de los ángeles, son un signo de esperanza en medio de la tristeza que podía turbar sus corazones. Podemos si nos dejamos elevar por la fuerza del Espíritu. Pero no despreciemos nuestra carne, no apartemos la vista de nuestra debilidad. Nuestro pecado nos hace más humildes y misericordiosos, contemplar, besar y aceptar nuestra carne pecadora nos asemeja a la actitud de Cristo. Dios se hace carne para abrazar nuestra pobreza. La humildad y la misericordia son esos dones que hoy suplicamos. **Frente al poder que busca siempre el hombre, la humildad como actitud de vida. Frente a la condena en el juicio a la que tiende el corazón, la misericordia como camino a seguir.**

La tercera promesa nos habla de una realidad en nuestra vida de hijos de Dios: nunca estaremos solos y nunca caminaremos solos. El Espíritu Santo fortalecerá nuestra vida y nos adiestrará para el combate. Así lo explica **S. Juan Crisóstomo**: *“Así como cuando un ejército se dispone a atacar al enemigo, el general no permite salir a nadie hasta que todos estén armados. Así Jesús no permite que sus apóstoles salgan a pelear, hasta que sean armados con la venida del Espíritu Santo”.* Pero para ello, como paso previo, **debemos recurrir a María.** Ya lo dice el **P. Kentenich**: *“Ella está tan absorbida por Cristo, que casi pareciera como si se hubiere hecho parte de Él. Ella es y sigue siendo, siempre y en todas partes, la que da a luz a Cristo”*⁴. Por eso nos acercamos a Ella, nos dejamos educar y formar por sus manos de Madre, para que modele en nuestro interior el rostro de Cristo. Así lo hace María en nuestro Santuario, así lo hace desde hace casi un siglo en **Fátima**. El Ángel que se apareció a los pastorcillos para preparar su corazón. Se dirigió a ellos con estas palabras: *“No temáis. Yo soy el ángel de la Paz. Rezad conmigo”.* El ángel se arrodilló, doblándose hasta tocar el suelo con su frente, y rezó: *“¡Dios mío, yo creo, yo adoro y yo te amo! ¡Y te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no confían y no te aman!”* Y así fue preparando el corazón de esos niños para que pudieran ver a María. Los corazones de los niños logran ver la luz con claridad y están abiertos a aceptar los milagros. **Lucía** dirá sobre las palabras del ángel: *“Las palabras del ángel se sumieron en lo profundo de nuestras almas como llamas ardientes, mostrándonos quién era Dios, cuál era su Amor por nosotros, y cómo Él quería que nosotros le amáramos también; el valor del sacrificio, cuánto le agrada y cómo El lo recibe para la conversión de los pecadores”.* Es bonito escuchar estas palabras de Lucía. El ángel desvela el verdadero corazón de Dios: Un corazón misericordioso y lleno de

⁴ J. Kentenich, La actualidad de María, 90

bondad; un corazón que tiene sed de nuestro amor y quiere que le pertenezcamos. Por eso miramos hoy a María. Por Ella nos adentramos en el corazón de Dios. La **Madre Teresa** lo expresa así: *"Por favor, rece por mí para que sea toda de Jesús a través de María"*.⁵ Y añade: *"Todo será posible si se mantienen cerca de María. Ella les guiará y protegerá y les conservará para que sean sólo todo de Jesús"*.⁶ Los pastorcillos preparan su corazón hasta que puedan encontrarse con María. Ya no temen. Y cuando se encuentran con Ella, Lucía le pregunta: *"¿Debo permanecer en el mundo sola?"* Ella responde: *"No sola, hija mía, no te desanimes, que yo estaré contigo siempre. Mi corazón inmaculado será tu refugio y yo seré el camino que te conduzca a Dios"*. **Estas palabras de María nos dan consuelo y esperanza. No estamos solos. Ella camina a nuestro lado. María es parte de nuestro camino y nos hace ir más allá de nuestras fuerzas.**

Cristo asciende a los cielos pero no quiere que nos quedemos sumidos en el miedo y la inactividad. Quiere nuestro sí alegre y despreocupado. Por eso nos invita a la misión: *"Id y haced discípulos de todos los pueblos; yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"*. Ese espíritu mueve los corazones y los lleva a la acción. El Espíritu Santo va a ser su arma para el combate. Antes ya lo había entregado, ahora es la plenitud de su venida. Dice **S. Agustín**: *"El Señor concedió su Espíritu Santo dos veces después de su Resurrección. Una vez estando aún sobre la tierra, en señal de su amor al prójimo; y otra desde el cielo, como testimonio de su amor divino"*. **Sin embargo, lo primero que se despierta en los apóstoles, al alejarse Jesús de su presencia, es el miedo y el asombro: se quedaron plantados mirando al cielo.** Por eso los ángeles los increpan: *«Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse.»* Ante la desaparición de Jesús entre las nubes surge el temor que paraliza. Los apóstoles tenían otras expectativas: *"Ellos lo rodearon preguntándole: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?»* Creían que Cristo resucitado ya nunca podría ser vencido. **La victoria estaba asegurada y ahora veían que todo ese sueño se desmoronaba. La ausencia de Cristo parecía dejarlos vacíos y sin fuerzas.**

A nosotros nos sucede algo parecido. Solemos pensar en otros caminos. Nos hacemos ilusiones y componemos un sinfín de posibilidades, creyendo con mucha fuerza en ellas. Luego, cuando la vida parece tratarnos injustamente, y no logramos lo deseado, un sentimiento extraño de frustración parece llenar el corazón. Y entonces nos paralizamos. Se trata de una parálisis frustrante. Nos quedamos sin hacer nada viendo cómo la vida pasa ante nuestros ojos. Me recordaba la historia de una víctima de un accidente automovilístico, que se suponía que estuvo en coma durante 23 años y, en realidad, estuvo consciente todo el tiempo. Recientemente un avance tecnológico permitió establecer que su cerebro estaba en perfecto funcionamiento. **Rom Houben** estaba paralizado pero podía escuchar cada palabra que decían. Confesaba: *"Todo el tiempo simplemente me imaginaba una vida mejor. La palabra frustración no llega a describir lo que sentía"*. Una experiencia así debe ser terrible, pero me parece que hay personas que viven paralizadas ante la vida y con un sentimiento idéntico de frustración. No queremos hoy quedarnos paralizados mirando al cielo, no queremos conformarnos con lo que tenemos, pensando que la vida no podrá darnos nada nuevo; no podemos vivir con esa actitud conformista que nos esclaviza y aburguesa. Como decíamos al comienzo, queremos ser plenamente esa promesa que vive en nuestro corazón. Jesús nos llama a la misión, tiene planes para nosotros. Somos testigos de Cristo vivo y resucitado. Testigos de un amor más grande que sana y eleva el corazón a lo más alto. **Imploramos estos días con María la venida del Espíritu Santo; su fuego nos fortalecerá para la lucha y nos hará "soñar más fuerte", con lo más grande. Sólo así venceremos los miedos y daremos paso al deseo de ir más allá de nuestras propias fuerzas y límites.**

⁵ MADRE TERESA, *Ven sé mi luz*, 374

⁶ MADRE TERESA, *Ven sé mi luz*, 380